

Omar Paredes

La renuncia.

A Michelle Monter

Durante cuatro años Antonio y yo esperamos la llegada de Valentín. En todo ese tiempo vimos nuestras ilusiones deshacerse frente a innumerables diagnósticos de infertilidad y tratamientos fallidos para concebir. Antonio se esforzaba por hacerme sentir que tener hijos no era un tema relevante en nuestro matrimonio. Que un bebé no siempre significaba la felicidad para una pareja. Yo quería creerle. No obstante, con el paso de los días, su presencia en la casa comenzó a limitarse al descanso. El placer, por otro lado, quedó reducido a la masturbación y a escasos —casi nulos— encuentros sexuales. Poco a poco dejamos de hablar de Valentín y las charlas tomaron temas sin importancia como el clima, el perro o el trabajo. Éramos dos compañeros de apartamento que en algún momento tuvieron algo en común.

Habíamos renunciado a la posibilidad de convertirnos en padres e intentar disimular con planes a futuro la inminente distancia que existía cuando todo cambió. La noticia me tomó por sorpresa y no supe cómo reaccionar cuando un retraso en mi periodo descubrió un embarazo de pocas semanas. “Habrá que estar monitoreando cada momento de la gestación para que nada vaya a salir mal”, me recomendó el doctor. Con las manos en mi vientre, imaginaba la existencia de un niño dentro de mí. El anuncio de su llegada era

tan vertiginoso que ni siquiera quise llamar a Antonio por teléfono y me quedé allí... tocando mi cuerpo y sintiendo nada en él.

Regresé al departamento. Mientras conducía pensaba en cómo podría cambiar mi vida a partir de ese momento: la habitación destinada para el bebé ya había reclamado otro uso, el de una bodega. Hace algunos años una falsa alarma nos hizo adquirir una cuna y otros muebles infantiles, los cuales regalamos a la hermana de Antonio cuando nació su hijo. Ni él ni yo estábamos preparados para esto pese a que por mucho tiempo el anhelo de tener un hijo nos había hecho tan felices. Cuando abrí la puerta miré el departamento en todas sus dimensiones: sin duda era grande y apto para otro integrante, acaso habría que colocar algunos dispositivos de seguridad en las ventanas debido a que vivíamos en un sexto piso y las cosas suelen ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Tomé el teléfono para llamar a mamá, pero me detuve. No quería emocionarla tan pronto y menos cuando el embarazo era considerado de riesgo por las complicaciones de la concepción. Esa tarde estuve sola. No encendí la televisión ni escuché música; de hecho, deseaba ver todo en calma. Nueve meses pasan rápido y lo que más anhelaba en ese momento era contemplar la tranquilidad de un espacio que pronto sería alterado por el caos y el llanto desquiciante de un niño.

Los síntomas aparecieron pocos días después del diagnóstico. Las náuseas y mareos pasaban inadvertidos frente a los ojos de Antonio, quien solo me recomendaba tomar pastillas. No condeno su desinterés pues yo oculté la noticia hasta que me fue imposible hacerlo. Una vez que hube cumplido los cuatro meses, mi vientre comenzó a verse abultado, entonces me preguntó. Se enfureció conmigo. “Debiste decírmelo”, reclamó, pero yo no era consciente de

lo que sucedía aún. Hasta ese momento nuestra paternidad se había construido sobre una serie de sueños y de deseos. De suposiciones. Y un día, repentinamente, todos tomaron la forma de algo que me exigía solo a mí mantenerlo con vida.

La actitud de Antonio cambió un poco con el pasar de los días, se preocupaba por mí y se esmeraba por hacerme sentir acompañada. Sin embargo, su cercanía tenía más bien el trato de un padre que cuida a una hija enferma. Me consentía y procuraba mi comodidad, mas entre nosotros había una evidente distancia y su esmero respondía al nombre de Valentín. Ni siquiera estaba segura de que se tratara de un varón porque en la última cita con el obstetra me había negado a conocer el sexo, y no por la ilusión de la sorpresa, sino porque simplemente no me interesaba saberlo. Los niños y las niñas son igual de intolerables para mí.

“¿No le vas a avisar a tus papás del embarazo?”, me preguntó. Era cierto, lo había olvidado por completo. Tomé el celular y marqué a casa de mamá. A las dos horas ya estaba en mi departamento dándome importantísimas recomendaciones: no se cansó de mencionar lo importante que era darle pecho y de cubrir mi cabeza después del parto. A solas, me exigió evitar intimidad con Antonio pues eso no era bueno para el bebé. Lo cierto es que él, durante ese tiempo, no me buscó con tales intenciones.

Por alguna extraña razón, esa noche, después de que se fueron mis papás, comencé a sentirme mal, a tener la sensación de que el cuerpo me pesaba. Entraba al cuarto mes y ese tipo de malestares me parecían todavía lejanos. Pedí a Antonio que me ayudara a llegar a la recámara. Mi solicitud lo preocupó de sobremanera. “¿Te sientes bien?”, me preguntó. “Sí, solo que

estoy muy cansada”. Me recosté y abrió la ventana. Tenía mucho calor. De inmediato tuve ganas de ir al baño. “Puedo ir sola”, le dije. Me senté sobre el retrete. Sentía ardor al orinar. Era como si pequeñas uñas afiladas me rasgaran por dentro queriendo romper todo. Me levanté con dificultad. Fue en ese momento en que percibí una viscosidad sobre mis piernas. Flujos y flujos de sangre salían de mí y pude ver pequeñas larvas que se movían a lo largo de mis muslos afianzándose a mi piel. Grité consternada por la presencia de asquerosos animales saliendo de mí. Tomé una toalla para frenar la hemorragia, pero enseguida se manchó. Mis manos también se cubrieron de sangre y porquería. Me senté en el piso y abrí las piernas por instinto. Antonio no acudía a mis gritos. No sabía si se encontraba en el departamento. Comencé a tener un espasmo que se intensificó golpeando desde el vientre hasta la pelvis, por lo que pensé que podía tratarse de un aborto. Entonces sentí cómo mi cuerpo expulsaba algo vivo. No podía ser posible, era muy pronto para parir. Pude ver que de entre mis piernas se asomaba una especie de tentáculo con escamas que se movía como una serpiente. Eso no era todo, adentro había algo más, esa cosa era solo una parte de algo más grande, de algo aún más repugnante. Seguí gritando con lo poco que me quedaba de fuerza y de sentido. Antes de que Antonio entrara al baño, esa criatura volvió adentro para ocultarse.

El médico dijo que el producto estaba en perfectas condiciones y que el sangrado había sido provocado por una infección que con tratamiento estaría bajo control. Cuando conté lo del tentáculo y las larvas, tanto él como Antonio parecieron no tomarle importancia. Fui recetada con calmantes y riguroso descanso. Esa madrugada estuve bajo observación médica.

En el departamento ya estaban mi mamá y mi hermana Marcela. Lo que menos quería era verlas y escuchar sus interminables recomendaciones y anécdotas sobre el embarazo y la maternidad. Pasé de largo a mi habitación. “¿Podrías cerrar la puerta del baño?”, pedí a Antonio. Me rehusaba a volver ahí, aunque mi negación no era más que una estupidez pues sabía que el verdadero mal no estaba en ese baño ni en algún otro sitio del departamento, sino en mis entrañas. “Usaré el de la sala”, dije. “Como quieras”, respondió desinteresado. Toda esa tarde dormí por el efecto de los calmantes y el cansancio de la noche anterior.

No llegué a los nueve meses, Valentín golpeó mi útero en la semana treinta. Apretó mis entrañas con fuerza y me dejó inconsciente de dolor una vez que lo expulsé. Cuando desperté, en la habitación estaban Antonio y mi madre. El niño había requerido de atención especial debido a su llegada prematura. “¿Cómo está?”, pregunté con desgano. Mamá se adelantó a las palabras de Antonio y me explicó que el niño había nacido bajo de peso y delicado, que necesitaría unas cuantas semanas más en el hospital. Me dieron de alta y durante ese tiempo mi interés se manifestó a través de esporádicas preguntas sobre su salud, pero nunca en visitas. Simplemente no deseaba conocerlo...

...

¡Qué silencio había en la casa! Valentín llegaba esa mañana y yo me preguntaba cuánto tiempo permanecería todo en su lugar. Abrí la puerta y el primer rostro que vi fue el de mi madre, quien llevaba en sus brazos al bebé. Antonio venía orgulloso de que su hijo estuviera por fin en casa. Tomé sitio en un sillón. Escuché un balbuceo, apenas lo distinguí. “Mira, hija, este es tu bebé,

es Valentín”. Mi mamá extendió el bulto y me lo dio. Lo tomé sin acercarlo a mí. “Es importante que lo lleves hacia tu pecho, hija. Así va a sentir que eres su madre”. Vi su rostro delgado y verdoso. Sus ojos estaban cerrados. Además, tenía dos largos tentáculos cubiertos por escamas en lugar de brazos. Parecía que su cuerpo se iba a romper. No pude evitar sentir asco por su aspecto enfermo y monstruoso. “Dámelo, le voy a dar de comer”, Antonio lo tomó y lo llevó a la recámara. “Es normal, hija, eres primeriza. No estás acostumbrada. El niño estuvo muy delicado”, dijo mi madre disculpándose. Me desprendí de sus palabras y miré a Antonio que estaba en la habitación: mecía al niño y lo alimentaba. Le mostraba la casa y le decía que era suya; lo llevaba de una habitación a otra y le repetía que todo era suyo: las paredes que él mismo pintó, los muebles que él construyó, todo, de un día a otro, era para Valentín. Permanecí en la sala mientras mamá no dejaba de hablar. Yo solo los observaba a ellos.

No quería alimentarlo. Me causaba terror sentir sus escamas cerca. Pedí a Antonio contratar una niñera que se encargara de él. “Debes hacerlo tú, eres su madre”, me reclamó. “Yo solo lo traje a este mundo, no lo esperaba. Míralo, es repugnante”, contesté alterada. Antonio salió del departamento dejándome sola con él. Lo envolví en su frazada, lo coloqué dentro de la cuna y salí del cuarto. Comenzó a llorar exigiendo mi atención. “Quizá tiene hambre”, pensé. De la pañalera tomé un biberón y preparé la fórmula. Entré a la habitación y le acerqué el alimento. Sus tentáculos envolvieron la mamila y su boca se abrió para succionar la tetina. Tenía un par de dienteillos puntiagudos envueltos por una espesa capa de baba amarillenta. Mordió el látex de la tetina hasta deshacerlo y empezó a beber como si no hubiera comido en días.

Poco después de las once de la noche llegó Antonio. Me ignoró y fue directamente a ver a Valentín. Lo sacó al balcón para hablarle con palabras dulces y tiernas. No soportaba ver cómo lo trataba pese a su aspecto. Fui a la habitación y me puse un camisón para recostarme. Me desperté cuando percibí los movimientos de Antonio en la cama. Eran las cinco de la mañana. Desde hace varios días tenía dificultad para dormir. La presencia de Valentín en el departamento me mantenía estresada durante las tardes y las noches. Por más que delegara su cuidado a mi madre o a Antonio, había momentos en los cuales su protección era únicamente mi responsabilidad. Me dormí otra vez por un tiempo breve. Amanecía cuando algo en mi pecho comenzó a molestarme, entonces lo descubrí comiendo de mí. Sus tentáculos rodeaban mi cuerpo y su boca estaba aferrada a mi seno. Al mismo tiempo que succionaba, sus dientecillos me cortaban el pezón. Manoteé para que Antonio se despertara, pero no lo logré. Valentín me tenía sujeta de la garganta amenazando con estrangularme si gritaba. Hasta ese momento no había abierto sus ojos. El médico nos dijo que era normal debido a su problema de fotosensibilidad. Pero finalmente los abrió y entonces descubrí dos cuencas negras. Profundas...

...

Mamá llegó con algunas revistas y libros sobre recién nacidos. Las coloqué sobre la mesa sin interés. “Debes alimentarlo para que te acostumbres a él”, sugirió. “Hazlo tú o Antonio”, le grité. Valentín, que estaba recostado en el sillón envuelto en coloridas mantas, balbuceó apenas escuchó la voz de su abuela. “Así no va a recuperar peso”, me advirtió mi madre. Era verdad, seguía delgado y con esa apariencia enferma y asquerosa que me repugnaba. Su piel

estaba arrugada, como la de un anciano, y las escamas de sus tentáculos habían comenzado a desprenderse como si estuviese cambiando de piel.

...

Mientras leía un libro sobre el cuidado de los bebés, Valentín comenzó a llorar de manera extraña. El llanto se alternaba con una especie de gemido estridente, propio de algunos animales. Quise desprenderme de los berridos, pero era inevitable no escucharlos. Su llanto ocupaba toda la recámara y se extendía por todo el departamento. Me acerqué a la cuna y lo tomé para dormirlo. Su quejido era escalofriante. Seguí meciéndolo. Lo devolví a la cuna y le di una sonaja que de inmediato deshizo con sus afilados dientes que habían duplicado ya su tamaño. Encendí el móvil y por un momento la música me apartó de él. Traté de retomar mi lectura. "La estimulación temprana es importante para el desarrollo cerebral en los dos primeros años". El ruido no cesaba. Lo tomé de nuevo y me senté en la esquina de la cama para intentar con las palabras. Fracasé. Antonio, como de costumbre, no estaba. Probé con el alimento. Valentín por fin se calló para mamar de mí. Me lastimaba tanto que no pude continuar y lo separé. Escupió la leche para tomar bocanadas de oxígeno. Lo hacía desesperado. De sus cuencas comenzó a expulsar una especie de espuma grisácea y los tentáculos se le tornaron de un azul pálido. Su columna parecía romperse con cada movimiento que hacía para sobrevivir. Lo llevé a la cuna y encendí el móvil otra vez. Me recosté. Dejé el libro de bebés y cogí una revista cualquiera de las que se hallaban sobre el buró. No sé cuánto tiempo pasó hasta que finalmente dejó de llorar para siempre. ¡Vaya tranquilidad la de esa noche!

...

Una mañana Antonio decidió irse lejos culpándome de todo. Dijo que no quería volver a verme ni a saber nada de mí. Lo supe: entre él y yo no había nada más que Valentín.

Esta obra está bajo una licencia CC

